

como interesados los dos en la suerte de San Pablo y de sus compañeros. Pero ocupado Aquila en la confeccion y en la venta de sus tiendas de campaña (1), dejaba á su mujer el cargo de cuidar á los hombres de Dios; porque las mujeres son más á propósito para esto que los hombres. Tambien era Priscila quien cuidaba de los intereses religiosos de la mision, porque el instinto y el sentimiento religioso es más fuerte, más inteligente y más exquisito en la mujer que en el hombre. De modo que cuasi todo el honor de los bienes que aquellos ministros del Señor encontraron en la casa de Aquila, pertenece á su admirable esposa.

Se sabe que no fué á un hombre, sino á una mujer, á Santa Febe, á quien San Pablo dió el encargo de llevar de Grecia á Roma su *Carta á los romanos*, aquel primer comentario del Evangelio, aquella obra maestra de exposicion del dogma cristiano. Hablando San Pablo de esta mujer á los fieles de Roma, al fin de la misma carta les dice: «Os recomiendo á Febe, que está en el ministerio de la Iglesia. Os ruego que la recibais bien en el Señor, como conviene que hagan los santos; asistidla en todos los negocios en que pueda necesitar de vosotros; ella es muy digna de que así lo hagais, porque ha asistido á muchos de los nuestros y á mí mismo: *Commendo vobis Phæbem, quæ est in ministerio Ecclesiæ, ut eam suscipiatis in Domino, digne sanctis, et assistatis ei in quocumque negotio vestri indigerit. Ipsa quoque abstulit multis et mihi ipsi.*» Pues bien, estar en el ministerio de la Iglesia es algo más que ejercer la caridad. Los negocios que Febe iba á tratar á Roma no eran temporales, sino espirituales. Es, pues, claro por este pasaje que esta mujer fué el sosten de la cristiandad, y aún del mismo San Pablo en Corinto; que le estaban encomendados los más graves negocios de la Iglesia, y que, en compañía del apóstol, ejercia una especie de apostolado en la Iglesia.

(1) San Pablo habitaba en la casa de estas santas personas, porque era del mismo oficio, que era el de hacer tiendas de campaña para uso de la milicia; los oficios eran honrosos entre los judíos. Los más sabios aconsejaban á sus discípulos que se dedicasen al trabajo de sus manos, para no estar á cargo de nadie, á ejemplo de los profetas. Ellos han conservado la memoria de los oficios que ejercian muchos rabinos de los más célebres. San Pablo, pues, trabajaba, y daba por regla (*Act.*, xx; II, *Thesal.*, II) que el que no trabajaba no debía tampoco comer. (Fleury, *Historia*, lib. I.)

Lo mismo debe decirse de Evodia y de Syntyche; porque San Pablo dice de ellas que trabajaron con él, con San Clemente y los otros hombres apostólicos, en la obra del Evangelio: *Quæ mecum laboraverunt in Evangelio, cum Clemente et cæteris adjutoribus meis.* (*Philip*, I.) Esto hizo creer á los intérpretes que estas dos grandes cristianas eran mujeres principales (*primariæ*) en la Iglesia de Filipos y que estaban al frente de la mision cristiana de esta ciudad. (*Apud. A. Lap., hic.*)

§ IV. — Santa Tecla, la protomártir y la primera jóven que se consagró al Señor con el voto de virginidad. — Sus altas cualidades. — Progresos que hizo en la escuela de San Pablo. — Cómo ayudó á este apóstol. — Su apostolado; su glorioso martirio. — Magnífico cuadro que San Ambrosio trazó de Santa Tecla expuesta á los leones. — Su muerte. — Apostolado de Santa Marta y de otras santas mujeres del tiempo de los apóstoles.

Pero la mujer que más ayudó á San Pablo en su apostolado en Oriente fué Santa Tecla, la protomártir de las mujeres, como San Estéban lo fué de los hombres, y la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, que abrazó la vida celestial de la virginidad voluntaria, aconsejada por el Evangelio.

Habiéndola destinado Dios para desempeñar un papel tan importante y tan grandioso en la Iglesia naciente, se dignó reunir en ella todas las ventajas, todas las cualidades, todas las grandezas y todas las glorias; porque, descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icon, en Licaonia, heredera de una gran fortuna y jóven de una rara belleza, era universalmente admirada, más bien que por sus ventajas del nacimiento y del cuerpo, por la elevacion de su espíritu, por la nobleza de su carácter y la bondad de su corazón. Habiéndose dedicado con ardor á los estudios de la literatura y de la filosofía, habia hecho en ellos admirables progresos. Pero habiendo asistido á la predicacion de San Pablo, esta predicacion la movió y la convirtió. Los progresos que hizo en poco tiempo en la ciencia divina del Cristianismo y de la salvacion fueron todavía más admirables que los que habia hecho en las ciencias humanas. San Pablo la habia instruido con un cuidado especial, y aprovechándose de las disposiciones de su bella alma, le reveló las gran-

dezas y los encantos de la vida virginal. Tecla no se contentó con hacerse simplemente cristiana recibiendo el bautismo; ella quiso hacerse cristiana perfecta, renunciando á las nupcias de Thamaride, noble y poderoso personaje á quien habia sido prometida, y consagrándose enteramente á Jesucristo por el voto de virginidad, hecho en manos del mismo apóstol. (*Act. Mart.*, 23 Sep.)

Desde este momento se unió á San Pablo como á su padre, que la habia engendrado á Jesucristo por el Evangelio, y como á su maestro en la fe.

San Ambrosio la llama la compañera del apóstol, *socia Apostoli*; no porque, como han soñado ciertos herejes en la impureza sacrilega de su espíritu, la llevase San Pablo siempre en su compañía, hasta el punto de serle motivo de tentación, sino porque todo el tiempo que el apóstol permaneció en Asia, la rica y generosa virgen le ayudó, por todos los medios que estaban á su alcance, en la obra del ministerio apostólico; de modo que San Pablo le debió en gran parte los triunfos que alcanzó en aquella comarca. Y en efecto, parece que Santa Tecla, como nos lo manifiestan las *actas de su martirio*, por su talento, por su elocuencia, por sus riquezas, por sus relaciones, y mucho más aún por la constancia y el ardor de su fe, como también por la santidad de su vida, convertía tantas almas á Jesucristo como el mismo San Pablo con el poder de su palabra (1).

Pero la vida de apóstol no se corona dignamente sino con el martirio. Por lo mismo Santa Tecla, que habia participado del mérito de las obras apostólicas de San Pablo, le precedió en la gloria del martirio. Irritado su prometido de ver que Tecla habia renunciado á su mano para seguir los sublimes consejos del Evangelio, principió á calumniarla y á perseguirla de todas las maneras posibles; y cuando llegaron á aquella provincia los edictos sanguinarios de los emperadores proscribiendo á los cristianos, él fué quien la acusó á los tribunales como cristiana, y como que *con sus prestigios* atraía al pueblo al Cristianismo. Ella fué, no sólo la primera mártir, sino la más gloriosa. Ningun héroe cristiano sufrió jamás más rudos ni más numerosos ataques que la santa virgen Tecla, en su noble resolución de permanecer hasta la muerte en la confesión de

(1) «Cujus fidei ardore et vitæ sanctitate, multi ad Christum conversi sunt.» (*Brev. Rom.*, 23 Sep., *ex Act.*)

la fe de Jesucristo. Su prometido, su padre, su madre, sus parientes, sus amigos, sus mismos jueces, no omitían medio alguno para hacerla quebrantar su propósito, con el fin, según decían, de salvarla; pero nada consiguieron. Después de haber triunfado de las lágrimas de sus padres, de todas las seducciones del mundo y de las amenazas de los magistrados, triunfó con la misma facilidad de los suplicios más crueles que la más refinada barbarie pudo jamás inventar. Atormentada, desgarrado su cuerpo virginal, no desmintió un solo instante la firmeza de su alma, y confundió á sus tiranos y á sus verdugos con la calma, la felicidad y el gozo que manifestaba en medio de los tormentos. Habiéndosela intimado que renegase de Jesucristo, bajo pena de ser arrojada á una hoguera que estaba preparada, no esperó á ser arrojada en ella por la impura mano del verdugo, sino que, armándose con la señal de la cruz, se arrojó ella misma (1). Respetada milagrosamente por las llamas, fué arrojada á una fosa llena de serpientes; pero libre también de una muerte cierta y cruel por la gracia de Jesucristo, fué trasladada, cargada de cadenas, á Antioquía, la metrópoli del Asia, y allí, en presencia de un pueblo inmenso, fué expuesta á los leones en el anfiteatro. Dejarémos hablar á San Ambrosio, que en un discurso lleno de elocuencia, de elegancia y de gracia, aún bajo el punto de vista literario, trazó el admirable cuadro de esta virgen delicada en presencia de los leones, y de los leones echados á sus piés y rindiéndola homenaje, en vez de devorarla.

« ¡Cuán hermoso era, dice el Santo, ver á la fiera, echada ante la virgen, lamiéndole los piés, é indicando con un sordo rugido que le estaba prohibido desgarrar su cuerpo sagrado! La fiera parecía que adoraba su presa, y olvidando su propia naturaleza, parece que se vestía de los sentimientos humanos de que los hombres se habian despojado. Se diría, en efecto, que los autores de aquella escena habian trocado en cierto modo su naturaleza: porque los hombres, respirando ferocidad, excitaban á la fiera á que se enfureciese contra la virgen; mientras que la fiera, limitándose á besarla los piés, enseñaba á los hombres lo que deberian hacer. ¡Parece que la virginidad tiene un prestigio especial, supuesto que los mis-

(1) «In ardentem rogam, qui, nisi Christo renunciaret, ei paratus erat, prius signo crucis armata, seipsam injecit.»

mos leones la admiran en cierto modo! Cosa prodigiosa es en verdad; ellos están acostumbrados á devorar hombres, y esta costumbre no los arrastra; ellos son feroces por naturaleza, y esta ferocidad no les hace devorar su presa; Parece, por el contrario, que ellos dan á los hombres una leccion de religion, adorando á la mártir, y aun una leccion de castidad, pues que no le besaban más que las plantas de los piés, y que estaban con los ojos bajos y modestos, pareciendo indicar que ningun macho, aun cuando sea bestia, debe mirar á una vírgen despojada de vestiduras» (1).

Entre tanto, haciendo éste nuevo milagro una impresion profunda en los tiranos, lo mismo que en el pueblo, no osaron volver á tocar á aquel prodigio viviente de todas las virtudes, á aquella virtud viviente de todos los prodigios. Santa Tecla volvió á su patria, y despues de haber vivido algun tiempo en la soledad de una montaña, habiendo vuelto á seguir su apostolado de prodigios y de virtudes, que la hizo célebre en la Iglesia, lo continuó hasta la edad de noventa años, en que fué á reposar en el Señor. Su cuerpo fué sepultado en Seleucia (2).

Tal fué, entre las mujeres, la más noble de las discípulas de San Pablo, la primera de las vírgenes esposas del Cordero divino, el primer gérmen de su sangre, el primer prodigio de su gracia, la primera ejecutora de sus consejos, el primer testigo de su religion, la guía de tantos millares de almas sublimes como la han seguido por el espacio de diez y ocho siglos en el camino de la virginidad y del martirio.

(1) «Cernere erat lingentem pedem bestiam, cubitare humi, muto testificantem sono quod sacrum virginis corpus violare non posset. Ergo adorabat prædam suam bestia, et proprie oblita naturæ, naturam induerat quam homines amisserant. Videres, quadam naturæ transfusione, homines feritatem indutos, sævitiam imperare bestię : bestiam, exosculantem pedes virginis, docere quid homines deberent. Tantum habet virginitas admirationis, ut eam etiam leones mirentur. Non impastos cibus flexit. Non stimulos ira exasperavit. Non usus decepit adsuetos. Non feros natura possedit. Docuerunt religionem, dum adorant martyrem. Docuerunt etiam castitatem, dum virginis nihil aliud nisi pedes exosculantur, demersis in terram oculis, tamquam vercundantibus ne mas aliquid vel bestia, virginem nudam videret.» (*De virginibus.*)

(2) «Iterum in patriam rediens, in montem sola decessit: deinde multis virtutibus et miraculis insignis nonagenaria migravit ad Dominum, ac Seleucia sepulta est.» (*Brev. Rom.*)

Ademas de San Ambrosio, San Agustin, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nacianzo, San Gregorio de Niza y otros padres han celebrado tambien las glorias de Santa Tecla y le han tributado los más sublimes elogios. Así es como debia ser honrada por la Iglesia la primera de las maravillas y de las glorias de la Iglesia, y uno de los más espléndidos ornatos del siglo de los apóstoles.

Pero éstas no fueron las únicas mujeres que asistieron á los apóstoles y participaron de los trabajos y de las glorias de su ministerio.

San Pablo prohibió á la mujer enseñar en la iglesia; mas parece que fuera de la iglesia se le permitia la enseñanza y aun la predicacion.

En los monumentos inéditos del apostolado de Santa María Magdalena se dice que en un antiguo sello de Tarascon se representa á Santa Marta en la cátedra evangelizando al pueblo. En la misma obra se refiere que, habiendo querido un jóven atravesar el Ródano á nado para ir á oír la predicacion de Santa Marta, se ahogó, y la misma Santa lo resucitó. En un antiguo *Breviario* se trata tambien de la predicacion de Santa Marta en Aviñon: *Cum apud Avinionem prædicaret*. Finalmente, en la *Vida de los Santos*, de Membridius Bonini, se refiere que, habiendo sido arrojados los sacerdotes del contorno de las ciudades donde predicaban, recurrieron á Santa Marta, á quien miraban como á su madre en la fe, y ella, con la eficacia de sus oraciones á Dios, consiguió reconciliarlos con sus conciudadanos; porque Santa Marta, prosigue el mismo autor, era la *mujer-obispo* de todos los creyentes de aquel tiempo; su tierna madre, que los alimentaba á todos, como una gallina alimenta sus pollos, administrando á la multitud de los fieles todos los auxilios necesarios para el alma y para el cuerpo (1).

Sabemos que los escritores de cierta escuela han procurado, por medio de una excesiva crítica, poner en duda el apostolado de Marta y de Magdalena, cuyas tradiciones se hallan todavía vivas en

(1) «Cum antistites à propriis urbibus, eorum prædicationem respicientibus, tum ejecti, ad ejus præsidium, veluti ad matris suæ asylum concurrissent; beatæ Martæ fuis Deo precibus, cibibus suis reconciliati sunt. Erat enim *Episcopa* omnium credentium tunc temporis, mater pia et nutrix. Nutriebat cunctos ut gallina pullos, nam credentium multitudini animæ et corporis necessaria ministrabat.»

todo el Mediodía de la Francia (1). Pero no comprendemos este malhadado celo de ciertos católicos franceses de disputar á su país la gloria de haber recibido la fe cristiana por las dos mujeres más santas del Evangelio, á quienes el Hijo de Dios honró con las mayores demostraciones de su bondad.

Orígenes, San Juan Crisóstomo y Haymon hablan de muchas mujeres de esta misma época que eran *ministros de la Iglesia*, y que por su celo habian llegado á merecer el glorioso título de apóstoles; que continuaban, del modo que podian hacerlo, la obra de los apóstoles y de los evangelistas, y que predicaban por las casas, especialmente á las personas de su sexo (2).

§ V. — Otras glorias de la mujer cristiana del tiempo de los apóstoles. — Vida de la mujer cristiana en la misma época, segun Tertuliano. — El mismo Jesucristo le encargó el cuidado temporal de la Iglesia. — Cómo cumplieron entónces ciertas mujeres cristianas esta mision. — Las mujeres de la primitiva Iglesia se ocupaban en la misma época, con un admirable éxito, en convertir á los paganos. — La santa industria de su celo para penetrar en las prisiones y sostener y consolar á los mártires.

Mas ved aquí otras glorias de la mujer cristiana en la misma época de los apóstoles.

Habiendo estallado las primeras persecuciones contra los cristia-

(1) «Ciertas tradiciones existen en esas provincias, tradiciones piadosas, trasmitidas de siglo en siglo por los monumentos y las leyendas. Estas tradiciones refieren que Marta y Lázaro, el resucitado del sepulcro, y Maria Magdalena, que habian vivido con Jesucristo y escuchado sus divinas palabras, abandonando la Palestina, arribaron á las playas de la Provenza para anunciar allí la fe nueva. Todas las comarcas del Mediodía están llenas de estas mismas tradiciones. En el glorioso municipio de Arlés (que fué capital del Imperio) aun en el día de hoy se arrastra la *Parrasca*, horrible monstruo que Santa Marta venció en su viaje por el Ródano, imágen del paganismo abatido ó de algunas calamidades que asolaban la comarca. En Marsella todos los años las corporaciones, los sacerdotes y el pueblo llevan en procesion el busto de oro de San Lázaro, primer obispo de la antigua ciudad. En tiempo de la caballeria se iba á visitar la gruta donde la Magdalena arrepentida se habia retirado para llorar sus pecados; santa leyenda de amor de la Edad Media. Francisco I hizo dos veces esta peregrinacion.» (Capefigue, *Los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana*, tomo I, pág. 11.) Ved aquí un escritor lego que da á ciertos teólogos una leccion en regla del respeto que se debe á las piadosas tradiciones de los pueblos cristianos.

(2) «Diximus haberi feminas in Ecclesia ministras..... quæ per bona offi-

nos, Santa Pudenciana y Santa Práxedes se encargaron de ocultar á los fieles perseguidos, de visitarlos y alimentarlos en los calabozos, de animarlos en medio de los tormentos, de reunir sus reliquias, de recoger su sangre y enterrar sus cuerpos; y ellas tambien alimentaban al mismo tiempo á los pobres, cuidaban á los enfermos y proveian á todas las necesidades de la Iglesia (1); y siendo las primeras y las verdaderas hijas de la Iglesia, por su docilidad y su obediencia á la Iglesia, fueron las primeras y las verdaderas madres de la infancia de la Iglesia, por la generosidad y la constancia de su afecto, por la ternura de su amor á todos los cristianos, á todos los miembros de la Iglesia.

¿Quereis saber cuál fué la vida de las mujeres cristianas en los primeros siglos del Cristianismo? Tertuliano nos lo va á decir. Procurando retraer á toda mujer cristiana de casarse con un pagano, é indicándole lo que no le era permitido hacer en un matrimonio semejante, nos ha dicho lo que ella debia hacer, y lo que hacia en efecto. «La esposa fiel, dice, está obligada á observar la ley de Dios. Pues bien; unida á un esposo que no la respeta, ¿cómo podrá servir á un mismo tiempo á Dios y á su esposo? Por deferencia á éste será necesario que ella siga las costumbres profanas, que consienta en los atavíos y en todas las vanidades mundanas, que se haga esclava de sus lúbricos caprichos, y que, para agradarle, profane la santidad del lecho nupcial. ¿Dónde encontrará ella el tiempo necesario para dedicarse á los ejercicios de la piedad cristiana, esclavizada por un señor que la arrastra donde quiere? ¿Irá ella con su permiso á asistir á sus hermanos, los cristianos pobres, á visitar á los indigentes; abandonará de noche el lecho para ir á participar de la celebracion de la Pascua, ya sea en la mesa del Señor (en la sagrada Eucaristía), ya sea en nuestros *ágapes* (2) fraternales, que el pa-

cia ad apostolicam laudem meruerunt pervenire.» (Orig.) «Hæc apostolorum et evangelistarum cursum suscepit.» (Crysóstomo.) «Hæc laborabat, officium prædicationis feminis impendens.» (Haymon.)

(1) «Præxedes, virgo romana, Pudencianæ virginis soror, Marco Antonio imperatore christianos persequente, eos facultatibus, opera, consolatione, et omni charitatis officio, prosequatur. Nam alios domi occultabat, alios ad fidei constantiam hortabatur, aliorum corpora sepeliebat: iis qui in carcere inclusi erant, et qui in ergastulis exercebantur, nulla re deerat.» *Brev. Rom.*, 21 Jul.)

(2) Comida ó ceremonia de los primeros cristianos en las iglesias.